

Atemorizado el campesino se dirigió a la puerta y al franquearla fulminó amenazador:

—¡Nos veremos, viejo ladrón!; ¡y te juro por mis hijos que has de acordarte de mí!

—Te quedarás sin casa si no traes el dinero mañana mismo, y a pa'os te arrojaré de ella, si me place, — fué la contestación del usurero, cuyo tipo rechoncho y aburguesado en nada le asemejaba al avaro clásico, y cuyo rostro, coloradote y redondo, animado siempre de adulara sonrisa, jamás se creyera antesala de alma tan ruin y perversa.

Cuando el pobre Andrés llegó a su casa, el espíritu en ruínas y el corazón maltrecho por la impiedad de los hombres, el cuadro que a su vista se ofreció fué por demás angustioso y desolador: el mismo que dos meses ha, con su crudo realismo, tenía a punto de enloquecer.

Sobre un jergón, y en el más oscuro rincón de la única estancia de la casa—cocina y dormitorio, gallinero y pocilga en buenos tiempos y hasta cuadra, que así promiscuos viven en las aldeas personas y animales—yacía un esqueleto aún animado por un soplo de vida que exteriorizábase por continuo y apagado lamento. Adivinábase que era mujer, el ser que en la yacija se consumía, por la lacia y despeinada melena que casi le ocultaba el rostro. Unos harapos cubríanla escasamente. Junto al hogar sin lumbre, en la desapacible noche de Diciembre, seis chiquillos, sucios y harapientos—diez años el mayor, dos el pequeño—, de famélico aspecto, engañaban al hambre mordiendo unos mendrugos que en sus manos puso la caridad de una vecina y que al ver a su padre corrieron hacia él interrogantes.

—¿Qué nos traes, padre?—preguntaban a coro con vocecitas débiles—; ¡tenemos mucha hambre!

Falto de aceite el candil agonizaba colgado en la chimenea, y el agónico parpadeo hacía de las sombras visiones fantasmales.

Al ver miseria tanta y al juzgarse impotente para llevarles nada con que aplacar su hambre, un pensamiento le oscureció el cerebro y puso crispaciones homicidas en sus manos.

De los hombres ya no esperaba nada, por los hombres D. Sabas le acababa de hablar, de Dios tampoco, que hasta entonces fué estéril toda súplica que hacia el cielo elevó. Fiera acosada, sería una fiera más ya que así lo quieren Dios y los hombres.

Todo antes que dejarse arrebatar aquella casucha, que fué nido de sus amores.

Cuando D. Sabas oyó cerrar la puerta de la calle, indicando que Andrés ya estaba en ella, tornó el revólver a su sitio y salió de la estancia, que viejos y españolísimos muebles adornaban, y entre los que destacaba, con igual insolencia que un nuevo rico en fiesta aristocrática, una pesada caja de caudales que sobre una tarima se asentaba y